

guna, fué saludado con aplauso por los historiadores extranjeros, enemigos de las glorias de España en aquella época de prosperidad para ella: se sacaron millares de copias, y la verdad quedó horriblemente desfigurada, completamente desconocida, bajo el fantástico pincel de los que aun recargaban la copia, al tomarla de la desleal pintura hecha por el severo religioso. Se debe hacer la justicia de creer que la laudable intencion de interesar á los españoles en favor de los indios guió la pluma del venerable sacerdote; pero es sensible que, por ese justo y filantrópico sentimiento que le honra, se apartase de la verdad histórica, con daño del nombre de los que no debia poner fuera de su caridad, ya que les expulsaba del templo de la justicia (1). El demasiado fuego de su celo produjo mas humo que luz; y acogiendo sin exámen las noticias referentes á hechos que no habia presenciado, salió muchas veces, aunque sin intencion suya, la calumnia de su vehemente pluma, como se advierte en el infiel cuadro que presenta de los acontecimientos de Cholula (2).

(1) El Sr. Prescott, hablando del padre Las Casas con respecto á la pintura que hace del suceso de Cholula, dice: «No fué él testigo ocular de los sucesos de Nueva España, y estaba muy dispuesto á creer todo lo que pudiera contribuir á su fin y recargar con exceso, si así puede decirse, su argumento, con relaciones de sangre y carnicería, que por su extravagancia llevaban en sí mismas la refutación.»

(2) El distinguido historiador mejicano Clavijero que, como casi todos los historiadores de su país, revela en sus escritos un juicio recto y desapasionado que da una idea muy ventajosa del carácter leal de los habitantes de su país, dice en una interesante nota de su *Historia Antigua de Méjico*, las siguientes palabras: «En los escritos del Ilustrísimo Casas, se lee muy desfigurado este acontecimiento de Cholula. Es verdad que fué muy rigurosa la ven-

Sus errores y exageraciones históricas referentes á los acontecimientos que nos ocupan, han sido censurados por Solís y Clavijero, sirviendo la censura de contestación á las falsas apreciaciones de los que le han seguido. Bernal Diaz del Castillo critica fuertemente la inexacta relación del padre Las Casas, y lejos de creer censurables los actos verificados en Cholula, los considera como justos (1). No seré yo, ciertamente, el que aplauda ninguna escena de sangre, por justificado que sea el motivo

«ganza y horrible mortandad que allí se hizo; pero ni faltaron á los españoles para castigar á los cholultecas, aquellas razones que hemos expuesto y de que este prelado no hace mencion alguna, ni intervinieron aquellas odiosas circunstancias que él refiere y que no se encuentran en ningun historiador antiguo. Para hacernos creer que los españoles causaron aquella mortandad solamente por capricho, que mientras que los soldados hacian correr rios de sangre, el general cantaba alegremente no sé qué versillos, seria necesario á lo menos que el mismo prelado lo depusiese como testigo ocular, ó que alegase tales documentos, que pudiesen borrar aquella idea que nos dan de Cortés cuantos le conocieron, ó hicieran verosímil lo que es enteramente increíble. Pero ni el Ilustrísimo Las Casas se halló presente, ni produce pruebas suficientes para merecer nuestra creencia. Él, sin el debido examen, se valió de algunos informes dados por algunos de los muchos enemigos de Cortés. Yo no soy panegirista de este conquistador para excusar sus faltas; pero soy historiador, soy hombre y soy cristiano, para no afirmar aquello que no creo, y para no creer tan grande maldad de un individuo de mi especie sin graves fundamentos.»

Escritores de la rectitud de este ilustre mejicano honran la patria que les vió nacer, y dan una leccion de recto juicio y de imparcialidad á no pocos escritores extranjeros que se han ocupado de las cosas de Méjico, salvo algunas honrosas excepciones, como la del respetable baron de Humboldt, Prescott y algun otro.

(1) Despues de referir algunas providencias dictadas por Cortés, terminada la lucha, procurando que no se siguiese sacrificando á los ídolos víctimas humanas, dice: «Aquestas fueron las grandes crueldades que escribe y nunca acaba de decir el Sr. obispo de Chiapas, don fray Bartolomé de las Casas, porque afirma y dice que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo y por-

que haya para verterla. La noticia de que un desgraciado va á ser privado de la vida, me horroriza; me presenta delante de los ojos á una familia desolada, cubierta de llanto y de amargura. Pero no por esto condenaré, sin exámen, á los que la hayan vertido en las funestas guerras que han envuelto el mundo, cuando acaso se han visto precisados á combatir.

Lamento el hecho de Cholula, como lamento todos aquellos donde los hombres han cruzado sus armas para destruirse; pero ni acuso á los choluleses porque tendieron una celada á los españoles para hacerles perecer en ella, ni condeno al que, por salvarse de la muerte, les tendió otra en los momentos en que esperaban los resultados de la suya. Creo que fué terrible el castigo; que acaso se hubiera podido, con menos rigor, destruir el plan; pero no me atrevería á sostener que mi opinion sea la acertada.

que se nos antojó, se hizo aquel castigo.» — Bernal Diaz del Castillo, *Historia de la Conquista*.

Duro es, pero disculpable, el irónico desahogo del bravo soldado de Cortés. La descripción de los acontecimientos hecha por Las Casas, era altamente ofensiva para el caudillo español y su gente. Dejándose arrastrar de su exagerado celo, inventó repugnantes hechos que nunca debieron ser escritos, puesto que estaban en pugna con la verdad. Dice que Cortés dió orden de que ciento ó mas caciques fuesen quemados, atados á un poste, y añade que mientras se degollaba á los indios en los patios del cuartel, el caudillo castellano, regocijándose con la vista de la sangre, cantaba esta copla de un antiguo romance con que un poeta pinta á Neron gozándose á la vista de las llamas que destruyeron á Roma:

Mira Neron, de Tarpeya,
A Roma como se ardia:
Gritos dan niños y viejos,
Y él de nada se dolia.

Las circunstancias en que se encontraba Hernan Cortés eran excepcionales, críticas. Se hallaba encerrado en una ciudad armada, con numerosos batallones enemigos fuera. Todos sus capitanes y soldados, lo mismo que él, se llegaron á persuadir de que, si no desplegaban un severo rigor, las celadas y conspiraciones se repetirían á donde quiera que fuesen (1). Creyeron que solamente una medida de excesivo rigor podia salvarles, y que «sin ella, como dice Bernal Diaz, sus vidas se hallaban en inminente peligro» (2).

Los escritores ingleses y franceses que, por espíritu de antagonismo, han referido los hechos de Cholula de una manera opuesta á los sucesos, debieran no haber dado al olvido, aun cuando hubiesen acontecido como ellos los han pintado, la época, las circunstancias y las ideas de aquel siglo. Acaso entonces hubieran renunciado á su anhelo de empañar los actos de la nacion que iba entonces á la vanguardia de la civilizacion, y muchos de sus compatriotas escritores que hoy les imitan, tendrían que confesar, si son sinceros, que las exageradas escenas pintadas por aquellos, eran menos horribles que las cometidas por los ejércitos de esas naciones en el siglo que cruzamos (3).

(1) «Otros dimos parecer, dice Bernal Diaz, que si aquellas traiciones dejáramos pasar sin castigo, que en cualquiera parte nos tratarían otras peores.»

(2) «Y sino se hiciera aquel castigo, nuestras vidas estaban en harto peligro, segun los escuadrones y capitanías que tenían de guerreros mejicanos y de los naturales de Cholula, é albarradas é pertrechos.» — Bernal Diaz del Castillo, *Historia de la Conquista*.

(3) El Sr. Prescott, imparcial historiador y excepcion honrosa de los escritores extranjeros que han escrito la historia de la conquista, dice, al hacer algunas justas observaciones sobre los acontecimientos de Cholula: «Acaso se

Yo he referido los sucesos de la manera con que realmente acontecieron. Juzgados fueron poco tiempo después y reconocidos como exactos con la relación de Cortés, por personas respetables que pasaron á Cholula á investigar la verdad de los hechos (1).

Dejando al lector en el libre derecho de que juzgue de los acontecimientos de la manera que mas justa le parezca, y concretándonos únicamente á los resultados que moralmente produjo el rigor desplegado por Cortés contra los conspiradores, preciso es confesar que fué un golpe de política que colocó á los españoles en una posición favorable.

Aquel puñado de hombres se habia internado en el corazón del país, pasando por en medio de naciones podero-

pronunciará un fallo mas imparcial sobre la conducta de los conquistadores si se compara con la que han observado nuestros contemporáneos en iguales circunstancias. Las atrocidades ejercidas en Cholula no son tan terribles como las que ejecutaron con los descendientes de esos mismos españoles, en la última guerra de la península, las naciones mas civilizadas de nuestra época; los ingleses en Badajoz; en Tarragona y en otros cien lugares los franceses. La inútil carnicería, la ruina de las propiedades, y sobre todo, aquellos ultrajes, peores que la misma muerte, de que la parte femenil de la población estuvo exenta en Cholula, ofrecen un catálogo de enormes crueldades, tan negras como se imputan á los españoles, y sin el mismo motivo de resentimiento, sin mas excusa que la que ofrecia una valerosa y patriótica resistencia.»

Debe entenderse que todo lo expuesto por el Sr. Prescott es en la suposición de que fuese cierta la negra pintura con que apasionados escritores extranjeros han presentado los hechos de Cholula.

(1) Los primeros misioneros que marcharon á la Nueva España, después de la toma de Méjico, varones respetables por su virtud, amor á los indios y ejemplar vida, marcharon á Cholula para informarse menudamente de la conspiración de los choluleses y de los actos de Hernán Cortés. Llenos de santo celo y de sentimientos de humanidad, conferenciaron con los sacerdotes, ancianos y caciques que aun vivian y habian presenciado los acontecimientos, y «hallaron ser ni mas ni menos, dice Bernal Díaz, que en esta mi relación escribo».

sas, como seres prodigiosos, haciéndose temer por su valor, y amar por sus atenciones y humanidad con los vencidos después del combate: habia vencido los ejércitos de Tabasco; alcanzado las consideraciones de amistad y casi de vasallaje del emperador Moctezuma; derrotado á los guerreros escuadrones tlaxcaltecas, y conquistado la amistad de los pueblos que habian sido sus contrarios. Toda esa serie de acontecimientos rodeó á los españoles de un prestigio asombroso, que les hacia aparecer á los ojos de los nativos como seres sobrenaturales.

Sin embargo, no porque les creían fuertes y valientes, les juzgaban invencibles ni invulnerables. Los tlaxcaltecas, lo mismo que los cempoaltecas, temiendo que pereciesen en las asechanzas que esperaban de los choluleses y de Moctezuma, les habian aconsejado que no pasasen á Cholula. Los habitantes de la ciudad santa, teniendo por fácil destruir á los que hasta allí habian avanzado triunfantes, habian preparado el formidable plan de cautivarles y de sacrificarles á sus dioses. La severa lección recibida aumentó el asombro de los aliados y produjo en los choluleses un efecto maravilloso. Creyeron, como todos, que nada se ocultaba á los hombres blancos; y aterrados por el castigo, y juzgándolos ya invencibles, se apresuraron á ofrecerles su amistad. Las ciudades mas importantes próximas á Cholula enviaron sus embajadores, manifestándose adictos á Cortés, ofreciéndole su alianza y solicitando su protección.

Los gobernantes de Cholula, tratando de borrar el recuerdo de su pasada conspiración con manifestaciones de sincera amistad, observaban una conducta leal y franca

con el caudillo español, no menos expresiva que la demostrada en Tlaxcala por el senado de la república.

Hernan Cortés, no perdiendo de vista el punto de la conversion de los indios, que miraba como un deber sagrado de conciencia, trató de persuadir á los gobernantes á que abandonasen el culto idolátrico y sangriento por el benigno y humanitario del Evangelio. Muy atentamente fueron escuchadas sus palabras; pero no era posible que produjesen de repente el benéfico efecto que deseaba. Cholula guardaba los recuerdos mas santos de la religion de las naciones del Anáhuac; era la ciudad mirada como protegida de los dioses; y pretender que sus religiosos habitantes renunciasen de repente á sus mas arraigadas creencias, era exigir casi un imposible. El prudente padre Olmedo, opuesto á imponer la doctrina de caridad por medio de medidas violentas contrarias á la dulzura del cristianismo, persuadió á Cortés á que dejase, por entonces, de insistir en su religiosa pretension.

Los consejos del virtuoso misionero fueron admitidos por el caudillo español, que siempre se manifestó deferente y respetuoso con el digno ministro del altar.

Pero si renunció á insistir en que renunciasen á los ídolos, en cambio tomó una determinacion resuelta en pro de la humanidad desgraciada. Presos en jaulas de madera se veian millares de prisioneros, de esclavos y de niños, á quienes se daba de comer en abundancia á fin de conducirlos sanos y robustos al sacrificio en determinados dias. Hernan Cortés mandó á sus soldados que los pusiesen en libertad. Las jaulas fueron despedazadas inmediatamente, y los desventurados que gemian en ellas volvieron

al seno de sus familias, bendiciendo á los cristianos que les habian salvado de la mas horrible de las muertes. El caudillo español logró de los gobernantes choluleses la promesa solemne de que no continuarían ensangrentando los altares de sus divinidades con hecatombes humanas.

Respecto de las ceremonias católicas, nada descuidó de lo que pudiera presentarlas grandiosas á los ojos de los choluleses, á fin de inclinarles á abrazarlas. El gran templo consagrado al «dios del aire», fué escogido por Cortés para el culto cristiano. Una gran cruz colocada en lo mas alto del templo, revelaba al mundo que á los ritos sanguinarios de una religion inhumana, habia sustituido otra todo caridad y amor.

Seguro el jefe español de la lealtad de los choluleses, creyó llegado el momento de hablar con franqueza á los comisionados de Moctezuma. Les dijo que los gobernantes de la ciudad, los sacerdotes y los caciques acusaban á su señor de haber ordenado la muerte de los extranjeros. Despues de darse por ofendido de la conducta doble observada con él, terminó diciendo que, toda vez que el soberano de Méjico habia dispuesto que le diesen guerra, desde aquel instante estaba resuelto á llevársela á su capital, en vez de marchar como amigo.

Los embajadores mejicanos negaron el hecho, y suplicaron á Cortés que nada resolviese hasta no estar seguro de lo que le habian afirmado. Añadieron que uno de ellos iria inmediatamente á Méjico á poner en conocimiento de Moctezuma los acontecimientos, y que en vista de la contestacion, podria obrar conforme á justicia. Admitió